

## CAPÍTULO 1



Cuando el médico se hubo ido y las dos mujeres del pueblo a las que había estado esperando estuvieron arriba, encerradas con el difunto padre de Lucy, esta salió al jardín y se apoyó en la verja, su mirada perdida en el mar.

Su padre había muerto esa mañana a las nueve; ahora eran las doce. El sol caía con fuerza sobre su cabeza descubierta, y la hierba seca que se extendía sobre el acantilado, la carretera polvorienta que pasaba por delante de la verja, el mar centelleante y las pocas nubes blancas que se dibujaban en el cielo, todo brillaba y resplandecía bajo una luz y un calor de lo más silenciosos, de lo más inmóviles.

Se perdía en este vacío la mirada de Lucy, también inmóvil, como una estatua de mármol. No había ni una sola vela en el mar, ni una columna de humo de algún barco de vapor a lo lejos, ni siquiera el vuelo fugaz de un pájaro rozando el azul del cielo. Era como si todo movimiento se hubiera vuelto rígido de un golpe, como si todo sonido estuviera dormitando.

Lucy, de pie, contemplaba el mar con un rostro tan inexpresivo como el mundo luminoso y vacío que tenía delante. Su padre llevaba tres horas muerto, y ella no sentía nada.

Hacía tan solo una semana que habían llegado a Cornualles, ella y él, llenos de esperanza, deseando disfrutar de la hermosa casa amueblada que habían alquilado para agosto y septiembre, confiando en lo bien que el aire fresco le sentaría a su padre. Pero esa confianza siempre había estado ahí; en todos los años que había durado el frágil estado del padre de Lucy, no se había puesto en duda esa confianza ni una sola vez. Estaba delicado y ella había cuidado de él. Así había sido desde siempre. Y, también desde siempre, su padre lo había sido todo para ella. En su vida adulta, Lucy no dedicó un solo pensamiento a nadie que no fuera él. No había lugar para ninguno más; tal era el espacio que ocupaba en su corazón. Lo habían hecho todo juntos, lo habían compartido todo, habían esquivado juntos los inviernos, se habían instalado en sitios encantadores, habían visto las mismas cosas bellas, habían leído los mismos libros, habían hablado, reído, frecuentado a los mismos amigos, montones de amigos; allí donde fueran, su padre parecía hacer amigos al instante, añadiéndolos a la larga lista de los que ya tenía. No había pasado un día lejos de él desde hacía años; no había querido alejarse. ¿Dónde y con quién iba a ser tan feliz como con él? Todos los años habían sido luz. Nunca hubo inviernos; solo veranos, veranos y dulces aromas y cielos pastel, y una paciente comprensión hacia su lentitud —pues él tenía una mente muy ágil— y amor. Era su compañía más entretenida, el amigo más generoso, el guía que la iluminaba, el padre más entregado..., y ahora estaba muerto. Y ella no sentía nada.

Su padre. Muerto. Para siempre.

Se repitió esas palabras. No significaban nada.

Iba a estar sola. Sin él. Todo el tiempo.

Se repitió esas palabras. No significaban nada.

Ahí arriba, en esa habitación con las ventanas abiertas de par en par, encerrado lejos de ella con las dos mujeres del pueblo, yacía muerto. Le había sonreído por última vez, le había dicho lo último que iba a decirle nunca, la había llamado por el último de los dulces motes que le encantaba inventar, medio en broma, para ella. Si hacía solo unas horas que habían estado tomando juntos el desayuno y decidiendo qué iban a hacer ese día. Si ayer mismo, después de tomar el té, habían conducido juntos hacia la puesta de sol, y él, con sus ojos de lince que todo lo veían, había observado unas hierbas poco comunes en la cuneta, se había detenido a recogerlas, entusiasmado de haber encontrado unas tan raras, se las había llevado de vuelta para estudiarlas y le había hablado sobre ellas y le había hecho ver cosas profundamente interesantes e importantes en ellas, en esas hierbas que, antes de que él las tocara, habían parecido hierbas normales. Eso es lo que hacía con todo: le insuflaba vida y deleite. Las hierbas yacían ahora en el comedor, esperando a que él las estudiara, esparcidas sobre el papel secante que había dispuesto en el alféizar. Lucy las había visto al pasar de camino al jardín, como también había visto que el desayuno seguía ahí, el desayuno que se habían tomado juntos, tal y como lo habían dejado, olvidado por los sirvientes ante la sorpresa de la muerte. Su padre se había desplomado al levantarse de la mesa. Muerto. En un instante. Sin tiempo para nada, para las lágrimas, para una mirada. Acabado. Finado. Fulminado.

Hacía muy buen día, ¡y qué calor! A su padre le encantaba el calor. Habían tenido suerte con el tiempo...

Sí, en realidad sí se oían algunos sonidos. Se dio cuenta entonces: sonidos que llegaban de la habitación de arriba, un ajetreo de pasos discretos, el agua salpicando, alguien

disponiendo la vajilla con cuidado. En breve, las mujeres vendrían a decirle que estaba todo listo y podría volver a su lado. Las mujeres habían intentado consolarla cuando llegaron, como los sirvientes y el médico. ¡Consolarla! Y ella no sentía nada.

Lucy contemplaba el mar pensando en estas cosas, examinando la situación, una situación curiosa de la que se sentía desconectada; observándola con una especie de frío entendimiento. Tenía la mente bastante clara. Podía visualizar con nitidez cada detalle de lo que había sucedido. Lo sabía todo y no sentía nada. Como Dios, se dijo; sí, exactamente como Dios.

Oyó pasos que se acercaban por la carretera, escondida tras el muro de árboles y arbustos que se extendía unos cincuenta metros por ambos lados de la verja, y entonces apareció un hombre que se cruzó entre sus ojos y el mar. Estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera lo vio; le pasó por delante, bastante cerca, y desapareció.

Pero él sí la había visto y había mantenido los ojos clavados en ella durante el breve instante que tardó en dejar atrás la verja. Su rostro y su expresión lo habían sorprendido. No era un hombre muy observador, y menos todavía en ese momento, ya que estaba totalmente absorto en sus pensamientos; sin embargo, al toparse de repente con la figura inmóvil de la verja, con esos ojos abiertos de par en par que simplemente lo habían atravesado mientras pasaba, sin darse cuenta —era obvio— de que pasara nadie, había sentido tal sorpresa que había dejado de centrarse en él mismo y casi se había detenido a examinar a esa extraña criatura más de cerca. Pero sus principios le impedían hacer tal cosa, así que siguió bordeando los cincuenta metros de árboles y arbustos que rodeaban la otra mitad del jardín, aunque más lentamente, cada vez más y más, hasta que al

final del jardín, desde donde la carretera seguía, solitaria, por la hierba desnuda del acantilado, serpenteando por el relieve de la costa hasta donde alcanzaba la vista, dudó, miró hacia atrás, dio unos pasos, dudó otra vez, se detuvo, se quitó su agobiante sombrero y se secó la frente, miró ese paisaje tan vacío y la deslumbrante ondulación de la larga carretera y entonces, muy lentamente, dio media vuelta y recorrió de nuevo la franja de arbustos en dirección a la verja.

Mientras avanzaba, se decía: «Dios mío, qué solo me siento. No puedo soportarlo. Debo hablar con alguien. Voy a perder el juicio...».

Y es que lo que le había ocurrido a este hombre —de apellido Wemyss— era que la opinión pública le estaba forzando al retiro y a la inactividad cuando él más necesitaba de compañía y distracción. Tenía que irse solo; debía apartarse como mínimo una semana de su vida diaria, de su casa del río, donde acababa de empezar sus vacaciones de verano; de su casa de Londres, donde, al menos, tenía sus clubs. Y todo ello porque la opinión pública había resuelto que había cierto periodo que él debía pasar solo con su desdicha. Solo con su desdicha, ¡de entre todas las cosas espantosas con las que uno puede estar solo! Era una atrocidad, consideraba, condenar a un hombre a eso; era la forma más cruel de confinamiento solitario. Había venido a Cornualles porque se tardaba mucho en llegar —un día entero en el tren de ida y otro en el de vuelta—, lo que le permitía recortar la semana, el tiempo mínimo que la opinión pública insistía en que debía dedicar al respeto de su pérdida. Aun así, seguían quedando cinco días de horrible soledad, de pasearse a solas por los acantilados intentando no pensar, sin nadie con quien hablar, sin nada que hacer. Por culpa de la opinión pública,

no podía ni jugar al *bridge*. Todos sabían lo que le había ocurrido. Había salido en todos los periódicos. Con solo decir su nombre ya lo sabrían. Era tan reciente. Justo la semana pasada...

No, no podía soportarlo, debía hablar con alguien. Esa chica de ojos extraños... no era una chica normal y corriente. Seguro que no le importaría que hablara un rato con ella, quizás incluso podrían sentarse un rato en el jardín. Ella lo entendería.

Wemyss era como un crío en su miseria. Por poco no se echó a llorar cuando, al llegar a la verja, se quitó el sombrero y la chica lo miró impasible, como si aún no lo viera y ni lo oyera.

—¿Le importaría darme un vaso de agua? Es que... hace tanto calor... —dijo Wemyss. Los ojos de ella lo estaban desconcentrando—. Ten..., tengo mucha sed... Este calor...

Sacó el pañuelo y se frotó la frente. Sí, tenía pinta de estar pasando calor. Tenía la cara roja y la frente le goteaba. Parecía angustiado. Tenía el ceño fruncido como un bebé malhumorado. Y ella, tan fría e impasible. Sus manos, recogidas sobre la verja, más que frías parecían heladas, como si fuera invierno para ellas, se veían pequeñas y encogidas por el frío. Wemyss se percató de que llevaba el pelo muy corto, tanto que se hacía imposible deducir su edad; era un pelo castaño que reflejaba la brillante luz del sol, y no había más color en su pequeño rostro que el de esos grandes ojos que miraban a los suyos y el de su boca, algo ancha. Pero incluso su boca parecía helada.

—Si no fuera mucha molestia... —volvió a empezar Wemyss, y entonces se vio abrumado por su situación—. Me haría un favor mucho mayor de lo que imagina —dijo con la voz temblorosa por la tristeza— si me dejara entrar a descansar unos minutos en su jardín.

Al escuchar una voz tan verdaderamente desdichada, los ojos sin expresión de Lucy se volvieron un poco humanos. Se dio cuenta de que ese desconocido caluroso y angustiado le estaba pidiendo algo.

—¿Tanto calor tiene? —le preguntó, viéndolo ahora por primera vez.

—Sí, tengo calor —dijo Wemyss—. Pero no se trata de eso. He sufrido una desgracia, una desgracia terrible...

Se detuvo, abrumado por el recuerdo, por la injusticia de haber tenido que soportar algo tan horroroso.

—Vaya, lo siento —dijo Lucy, distraída, sumida en la indiferencia. Su mente aún vagaba muy lejos de él—. ¿Ha perdido algo?

—Dios mío, ¡no es eso! —gimió Wemyss—. Déjeme entrar..., déjeme entrar al jardín unos minutos... Solo quiero sentarme junto a un ser humano unos minutos. Me haría un gran favor. Como es una desconocida, le puedo hablar de ello, si me lo permite. Al ser desconocidos, puedo hablarle. No he hablado más que con sirvientes y oficiales desde..., desde que pasó. Llevo dos días sin hablar con absolutamente nadie..., m..., me voy a volver loco...

Su voz tembló otra vez con tristeza, con asombro por su tristeza.

Lucy no consideraba que dos días sin hablar con nadie fuera mucho tiempo, pero había algo abrumador en el sufrimiento evidente de ese hombre que la despertó de su apatía, aunque no demasiado; seguía profundamente desconectada, observando desde otro mundo, por así decirlo, ese calor y desasosiego extremos, pero al menos ahora lo veía, y lo observó con una especie de leve curiosidad. Su franqueza lo convertía en una especie de fuerza elemental. Era como un

fenómeno natural irresistible. Sin embargo, mantuvo su posición en la verja, y sus ojos, dotados de esa firmeza que a Wemyss le parecía tan rara, continuaron clavados en los de él.

—Le habría dejado entrar encantada —dijo— si hubiera venido ayer, pero hoy mi padre ha fallecido.

Wemyss la miró estupefacto. Lo había dicho en un tono tan simple y llano como si hubiera estado hablando del tiempo sin demasiado interés.

Entonces, tuvo un momento de lucidez. Su propia calamidad lo había iluminado. Él, que nunca había conocido el dolor, que siempre evitaba preocuparse, que jamás había permitido que la duda lo acechara, había pasado la última semana envuelto en una atmósfera de preocupación, de dolor y de lo que, si se permitía pensar en ello y hurgar en la herida, podía convertirse claramente en una duda injusta y fastidiosa. Comprendió, como no lo habría comprendido una semana antes, el significado de la actitud de la chica, de su rigidez. La miró durante un momento mientras ella le devolvía la mirada y, entonces, posó sus manos grandes y cálidas sobre esas otras, heladas, que se apoyaban en la barra superior de la verja y dijo, mientras las sujetaba con firmeza, aunque no parecía que fueran a moverse:

—Así que es eso. Esa es la razón. Por fin lo sé.

Y, con la simplicidad de la que su propia situación estaba tiñendo todos sus actos, añadió:

—Está decidido. Dos personas tan afectadas como nosotros deben hablar entre ellas.

Luego, cubriendo aún las manos de ella con una de las suyas, abrió la verja con la otra y entró.